

— Desgraciadamente tenéis razón; pero sabed desde ahora que haré cuanto sea posible por que distingan nuestras personalidades, hasta los más ignorantes.

— Hacedlo en buen hora; pero os advierto, en confianza, que perdereis el tiempo lastimosamente. La humanidad no tendrá nunca ilustración bastante para distinguirnos.

— Allá veremos; entretanto estoy segura que no volveremos á encontrarnos en la senda de la vida, porque siempre hemos de seguir caminos opuestos.

Diciendo así, se saludaron profundamente y marcharon cada una en sentido contrario de la otra.

Las miré alejarse en silencio, y no separé de ellas los ojos hasta que las vi perderse al final de la alameda. Después, reflexionando en lo que acababa de oír, transcribí el diálogo, segura de que desde hoy en adelante, convencidos ya de lo que vale cada una por sí, no confundirán los lectores á la noble *Dignidad* con la despreciable y ridícula *Vanidad*.



## Pelusa.

Aunque la traviesa hada que le perseguía para castigar sus malos instintos, le hubiera hecho sufrir tantas transformaciones que parecía natural no asombrarse ya de nada, Juanito se sorprendió mucho al encontrarse de pronto acurrucado sobre la alfombra del cuarto de estudio de mistress Smith, la institutriz de su hermana. Miró delante de sí y vió dos patitas blancas, sobre las que apoyaba la cabeza, y al querer lanzar una exclamación, en vez de sílabas dejó escapar un *miau* dulce y lastimero. Doblemente espantado, empezó á correr y á dar vueltas en redondo á la habitación: nada más ágil ni suave que sus movimientos; y, sin embargo, nada más humillante, ni por desgracia más



positivo, que su transformación en el odioso *Pelusa*, el gato favorito de su hermana, animal á quien tanto había atormentado y perseguido sin tregua ni compasión.

Juanito era valiente; pero si hemos de decir la verdad, su emoción en la prueba que sufría, tenía más de miedo que de asombro ó vergüenza; júzguese pues, cuando el valor físico no se halla sostenido por la esperanza (pues ignoraba la duración de su castigo) cuánto hace decaer el ánimo, por esforzado que sea, la incertidumbre del porvenir. ¿Cómo luchar ni afrontar los peligros, sin medios físicos ni morales para defenderse?

Siempre había ensayado sus fuerzas con buen éxito; pero desde que estaba sometido al poder de la maligna hada, que se proponía á toda costa corregirle, cuantas tentativas de rebelión hacía empeoraban su situación. ¿Qué podía intentar un miserable gato contra un muchacho indómito (pues Juanito sospechaba que el hada había transformado á la vez á *Pelusa* en él mismo), ni ¿cómo esperar nada bueno ni generoso de quien tanto había pade-

cido por causa suya? El primer pensamiento que le asaltó fué huir... huir, tan lejos como fuera posible, de una casa donde al primer paso que diera, iba á encontrar á su enemigo; que si como era lógico, tenía las inclinaciones que él había puesto en práctica, debía de ser atormentador jurado de cuantos animales viera, y en especial de los gatos... Así dió otra vuelta al rededor de la habitación, á pasitos cortos, *aterciopelados* por decirlo así, buscando un agujero, una abertura cualquiera por donde verificar su escapatoria.... Pero ¡ay! la ventana estaba cerrada herméticamente, la puerta lo mismo, y el pobre Juanito se encontraba prisionero en un sitio donde su verdugo podía entrar de un momento á otro.

Y pensándolo bien, ¡qué odio reconcentrado debía tener el antiguo *Pelusa*, vuelto Juanito por la varilla de virtud del hada, contra el miserable que siempre le hizo blanco de sus iras! Aun le parecía ver los ojos suplicantes del animal, rogándole que no le atormentara. ¿Cómo había correspondido á



sus mudas angustias? ¿Que caso le había hecho? ¿Cuán terribles represalias debía esperar!

— Si yo hubiera sabido esto, pensaba, habría sido humano y dulce con los pobres animales... ¿Pero quién podía sospechar?....

El único recurso que quedaba al novel *Pelusa* era esconderse; ensayólo al punto, variando de sitios en busca de abrigo seguro; pero los abandonaba apenas posesionado de ellos, convencido de que el mal genio que le perseguía había inspirado al gato convertido en muchacho su malicia para encontrar víctimas, y que lo descubriría inmediatamente; á este pensamiento, y á pesar del calor de la estación, sentía el infeliz correr un escalofrío bajo su gruesa y blanca piel.

Oyóse un ligero ruido en la escalera... *Pelusa* se agazapó tímidamente en el más apartado rincón de la estancia, tras de un transparente chinesco, no teniendo, empero, ninguna probabilidad de escapar de las manos de su enemigo. Abrióse la puerta, y Adelina, preciosa criatura de nueve años y el pobre

Juanito entraron; si la niña hubiera sido la última, el muchacho convertido en gato habría saltado fuera, bien seguro de que su generosa ama, hubiera ayudado y protegido su fuga; pero el terrible verdugo la seguía y cerró la puerta tras de sí. Adelina ocupó su sitio acostumbrado delante de la ventana, abrió el costurero, tomó una labor y empezó á trabajar con actividad. El gato bajo la forma de niño, no se sentó, con gran terror del otro, de quien el recién venido parecía sospechar la presencia: paseaba á lo largo de la habitación, deteniéndose á veces para hablar con Adelina, hundidas las manos en los bolsillos del chaquet y dirigiendo á todos lados miradas escudriñadoras.

— Te repito, decía á su hermana, que somos los dueños y señores de la creación, y libres por tanto, de hacer con los animales lo que mejor nos plazca.

— Sois los dueños, es verdad, respondió la niña dulcemente, pero no debéis ser los tiranos; y en apoyo de esto podría darte muchas razones que te convencieran de que



estamos obligados, no sólo á tener piedad, sino á ser buenos y compasivos con los irracionales.

— Dámelas, pues; tengo curiosidad de conocerlas, respondió el falso Juanito apoyándose en el trasparente que ocultaba á *Pelusa*.

— Todas las criaturas, dijo entonces Adelina, que era piadosa y aprovechaba bien las lecciones de historia sagrada que le daba mistress Smith, eran completamente felices en el edén ó Paraíso terrenal; no conocían el dolor ni la muerte, y hubieran continuado en tan dichoso estado, si nuestros primeros padres, desobedeciendo la ley de Dios, no trastornaran con su pecado la creación entera. Si son culpa del hombre las miserias de cuantos seres respiran, ¿no es una injusticia horrorosa, que las agraven, haciéndoles infelices y martirizándoles toda su vida?

— ¿No tienes más razones que alegar en favor de los interesantes bichos que defiendes con tanto calor? preguntó Juanito, deteniendo su paseo y plantándose en medio del salón.

— Sí por cierto, afirmó Adelina, dejando su labor y juntando las manos, mientras que su rostro infantil adquiría una expresión de profundo respeto; tengo todavía muchas y buenas. Cuando invocamos á *Aquel* que ha dado vida á todos los seres, que los alimenta y cuida de ellos, proporcionando hasta el grano de trigo, que le hace falta al pájaro y á la hormiga, ¿cómo nos pondremos en su presencia, lleno el corazón de crueldad y creyendo que tenemos derecho para destruir sus obras, sólo por divertirnos?

— Entonces no se deberá matar ningún animal, exclamó burlonamente el muchacho; ni los osos, ni los leones, ni los tigres, ni los lobos, ni las perdices, los pollos, las vacas y los carneros. Nos obligaríamos á una dieta severa, alimentándonos solo de raíces, puesto que tú crees que es malo quitarles la vida.

— No he dicho tal cosa, replicó pacientemente Adelina; hay animales que Dios ha criado para mantenernos, y hay otros que es preciso matar por que no nos maten; pero lo que afirmo es que no tenemos el derecho



de atormentar á ninguno, ni de causarles inútiles sufrimientos.

— Aunque confieso que los detesto á todos, no negarás que soy bondadoso con algunos; por ejemplo los caballos....

— ¡Libreme Dios de experimentar la bondad con que los tratas! pensó Juanito estremeciéndose bajo la humilde forma de gato.

— En cuanto á los *mininos* que tanto te gustan, me parecen horribles, abominables y odiosos. Quisiera matar á cuantos viera: los estudiantes somos enemigos natos de ellos y los perseguimos y apedreamos sin pizca de lástima.

— Lo sé, dijo la niña suspirando; pero es injusta y cruel vuestra conducta... ¿Qué daño hacen?

— Aunque no lo hagan, merecen que se les aborrezca... tan feos, tan antipáticos... con bigotes espantadizos, orejas empinadas y rabo deplorablemente largo... Nadie los quiere, si no las solteronas y las niñas tontas como tú.

— ¿Estás seguro de lo que dices? preguntó Adelina con animación.

— Y tan seguro.

— Entonces has olvidado la historia del lord maire Whittington y de su gato.

— Jamás he querido leerla.

— ¿Y la de Isaac Newton, uno de los hombres más sabios é ilustres de Inglaterra?

— Tampoco la sé.

— Pues tenía por su gatito *Diamante* afección tan particular, que le perdonó haber destruído una de sus obras más importantes, una noche que andaba á caza de ratones.

— ¡No le hubiera perdonado yo!

— Eso pierdes; los niños malos y vengativos no son amados de nadie.

— ¡Hurrah! gritó de pronto el pobre Juanito, como conclusión al discurso de Adelina; ¡hurrah!

Acababa de ver los blancos bigotes de *Peluseta*, escondido detrás del transparente.

Este grito de guerra hizo estremecer al pobre gato, que vió descubierto su escondite. El implacable enemigo se precipitó á la



puerta, la cerró con dos vueltas de llave y se guardó ésta en el bolsillo, para impedir que la niña huyera con su protegido. La pobre Adelina se había levantado precipitadamente, queriendo prevenir el peligro de su favorito; á pesar de sus ruegos y lágrimas, el pobre Juanito asió un látigo y lo blandió con feroz alegría.

Entonces empezó una caza odiosa y salvaje; el infeliz gato, lleno de terror, corría en todas direcciones, acosado por su enemigo á quien esta escena servía del entretenimiento más agradable, así como para Adelina era un sufrimiento cruel, lleno de angustias desgarradoras. El animal, loco de espanto, saltaba de un lado á otro, brincaba sobre los sillones, se encaramaba por las cortinas; arrojábase encima de las consolas y dejaba caer los candelabros y juguetes, perseguido siempre por su implacable adversario, que reía á carcajadas y hacía vibrar en el aire el látigo amenazador, cuando no daba golpes sobre los muebles de ébano y palorosa. Al fin consiguió acorralar al miserable prófugo

en el hueco de la ventana, y blandió ante él su arma terrible... Con un esfuerzo desesperado y para escapar de la muerte el pobre animal se precipitó á los cristales, con arranque tan impetuoso que uno cayó hecho trizas y por aquella inesperada abertura, *Pelusa* se lanzó al jardín, cayendo de una altura de más de cuatro metros...

.....  
 — ¡Uf! exclamó Juanito despertando palpitante bajo la impresión de la soñada caída y tentándose el cuerpo para convenirse de que no se había roto ningún hueso; gracias á Dios que ha sido una pesadilla; pero que me enseña, no sólo á ser bueno y misericordioso con los animales domésticos, sino con todos. Ahora comprendo lo que he hecho sufrir á mi querida Adelina, y prometo enmendar para siempre mis malas costumbres







## El Bienhechor.

*Leyenda.*

Había una vez..... en época tan remota que sería muy difícil precisar su fecha, un caballero cuya fortuna y caridad tenían fama de ser inagotables.

Ultimo vástago de una familia de calificada nobleza, Rodolfo había hecho construir su palacio, de mármol rosa y negro, sobre la cima de una colina suave, cubierta de jardines pintorescos y deliciosos. Los juegos de agua dispuestos artísticamente, formaban cascadas y se elevaban á veces en surtidores más altos que las copas de los árboles: veíanse aquí y allá kioscos, grutas artificiales, balaustradas y columnas que ostentaban estatuas de mármol blanquísimo y destacaban admirablemente sobre el azul del cielo, y todo engalanado con

tal variedad de flores, que bien podía llamarse la morada del castellano un rincón del Paraíso.

Difícil, ó más bien imposible, hubiera sido enumerar las magnificencias de aquel palacio, célebre en todo el mundo; el comedor cuyo pavimento de mosaico fingía un tapiz de rosas de variados matices, era bastante amplio para contener hasta trescientos huéspedes, perfectamente acomodados en torno de la mesa, donde lucía la más rica vajilla de plata que pudiera poner, no ya un particular, si no el soberano más poderoso del mundo; á pesar de sus vastas proporciones, el comedor estaba siempre lleno de convidados, y una turba de sirvientes, vestidos con elegancia exquisita, atendía sin cesar á cuanto necesitaban. El caballero era tan prudente, que relevaba tres veces al día á sus criados, á fin de no cansarles.

Donde quiera que había un infortunio, se recurría al millonario; y jamás desechaba las peticiones que le dirigían: no contento, sin embargo, con prodigar á manos llenas sus favores, provocaba las confianzas de los pe-



sares ajenos, para tener el gusto de consolarlos. Nadie más bondadoso con los sirvientes, más atento con los amigos, ni menos exigente con cuantos le rodeaban. De todos los que vivían en el soberbio palacio, Rodolfo era el que hacía las comidas más frugales y el que vestía con mayor sencillez. Detestaba la adulación, pero toleraba hasta á los aduladores, por no humillar al que lo era, despidiéndolo de su lado; en una palabra, ninguna mirada de criatura, por perspicaz que fuera, pudo hallar en el noble castellano cualquier defecto que le hiciera semejante al resto de la humanidad. Si alguien se hallaba en camino de aproximarse á la perfección angélica, era sin duda aquel hombre, sobrio en sus gustos, humilde en la grandeza, compasivo con todos y dichoso con la dicha de los demás.

Una de las innumerables personas que le debían su fortuna, deseosa de mostrarle su gratitud, le llevó un día un arbolito frutal desconocido en el país y que con grandes gastos y trabajos había conseguido traer de las vírgenes florestas de la India. El caballero recibió el

presente con alegría, y encantado de su posesión, mandó plantarle en un arriate aislado, donde nada pudiera estorbar su desarrollo. Además, deseoso de evitar que una imprudencia malograra objeto tan delicado, hizo rodear el arriate con una verja de hierro. Tenía la verja una llave, y ésta no salía del bolsillo del rico propietario si no dos veces al día, cuando acompañado del jardinero en jefe iba á visitarlo y vigilar que limpiaran la tierra de malas hierbas y le regaran con escrupuloso esmero. Cualesquiera que fueren las ocupaciones del noble señor, no faltaba jamás á la obligación que se había impuesto.

El árbol creció, vistióse de hojas y flores y al cabo dió fruto diferente de todos los conocidos, y hasta si se quiere de sabor extraño, pero que pareció delicioso á su dueño; y como cedía generosamente á los demás cuanto producían sus huertas y jardines, juzgó muy natural guardar sólo para sí las del árbol indiano. No necesitó, por cierto, buscar un dragón que lo defendiera, pues como era tan bueno, desinteresado y con tan poca voluntad



de utilizar en favor suyo los dones que le proporcionaba la fortuna, todos respetaron la primera debilidad de aquel caritativo corazón, y los frutos del árbol predilecto estuvieron más seguros por el amor y el respeto que el dueño inspiraba, que por la primorosa verja de hierro con labores finas como encajes.

Los años corrieron, dichosos y apacibles, en el rincón de tierra donde no había pobres ni desgraciados merced á la paternal ternura y continuas liberalidades del caballero Rodolfo. Hasta el clima, suave siempre, parecía esmerarse en repartir al tiempo debido bienhechoras lluvias, dorados rayos de sol, brisas perfumadas y blandos rocíos. Iba á empezar el verano, y la vegetación de los jardines, embellecidos continuamente por la vigilancia del dueño y los inteligentes cuidados de sabios jardineros, era más rica y espléndida que nunca; había, sin embargo, un punto negro en el risueño horizonte del castellano: el árbol de la India desmejoraba visiblemente. De las numerosas flores con que le engalanó la primavera, sólo había cuajado un fruto; los

otros cayeron sin vida, y hasta las ramas parecían inclinarse lánguidamente. Grande era la pena del millonario, aunque la compensaba en parte ver la robustez del *único fruto*, que maduraba despacio y prometía ser magnífico.

— ¡Si el árbol se hallará dañado!... pensaba el caballero; pero entonces no daría fruto tan hermoso.

Un día que volvía al palacio, después de haber recorrido la mayor parte de sus jardines y hacer una larga visita al árbol favorito, encontró en la puerta de su soberbia morada un joven pálido y triste que al verle se arrojó á sus pies.

— ¿Qué quieres? le preguntó Rodolfo, pugnando por levantarle, ¿por qué tomas esa humillante posición? ¿Ignoras cuánto hiera mi delicadeza ver rebajada la dignidad del hombre á tales extremos? De pie al momento... te lo suplico... te lo mando... y habla sin temor de que rechace tus peticiones.

— ¡Ah señor!, repuso el pobre mozo, cuyas lágrimas corrían sin que se tomase el trabajo de enjugarlas; sabía que erais bueno,



pero lo sois más de lo que pude pensar nunca; vengo á veros enviado por mi madre, que se halla muy enferma.

— Lo siento de todo corazón, y te compadezco por lo que padecerás viendo sufrir á tu madre; pero habla... ¿qué es preciso hacer para aliviar vuestro infortunio? ¿tienes necesidad de un médico? El de mi casa irá inmediatamente á visitarla. Mi bodega, mi despensa y mi bolsillo, están á tu disposición para ayudarte á cuidar á tu madre...

— Sois verdaderamente la imagen de Dios en la tierra; y al escuchar, lo que me ofreceis cobro valor, porque lo que voy á pedir os es mucho menos de lo que tan generosamente quereis darme; mi madre ha tenido un sueño durante la pasada noche...

— ¿Y qué?...

— Vió aparecer un ángel hermosísimo que la decía sonriendo amorosamente: “Dios ha tenido piedad de tus males y me envía á decirte el remedio que ha de volverte la salud; en los jardines del caballero Rodolfo, el bienhechor de la humanidad, hay un árbol extraño,

el único en su clase, cuyas frutas realizarán el prodigio de tu curación. Envíalas á pedir; él es la providencia de los desvalidos, y puedes estar segura de que no te las negará. “He aquí el sueño de mi madre, señor, y desde que despertó al nacer el alba, llora y me estrecha para que venga á solicitar de vos la medicina que le hace falta. Esto es lo que tenía que deciros.

Y el joven tornando á arrodillarse, tomó la orla de la túnica del caballero y la llevó respetuosamente á sus labios.

Pero Rodolfo retrocedió para desprender sus ropas de las manos que las retenían; su semblante expresaba viva contrariedad.

— Es una niñería, balbució; los sueños no significan absolutamente nada; ¿qué remedio ha de encerrar en sí una fruta desprovista de toda virtud medicinal?

— ¿Quién sabe?

— Delirios de enferma, hijo mío; pero déjame hacerte una pregunta.

— Cuántas gustéis, señor.

— ¿El padecimiento de tu madre es reciente ó antiguo?



— De casi toda su vida; lo que se llama un mal crónico.

— ¿Te convences ahora de que es imposible que una fruta, aunque llevara la virtud de cien específicos, devolviera la salud quebrantada durante tantos años?

— ¡Ay! no sé qué deciros; acaso ten-gais razón.

— Pero la mayor de las dificultades, pro-siguió el caballero turbado y sin atreverse á mirar al hijo de la enferma, es que aun cuando por complacerte quisiera darte lo que me pides, es imposible: el árbol no tiene fruto este año.

— ¿Ni uno siquiera? preguntó con angus-tia el desolado joven.

— Ni uno, afirmó el castellano después de ligera vacilación.

— ¡Ay qué desgracia tan grande! ¿Cómo volver á presentarme á mi amada enferma sin llevarle el remedio que espera impaciente, para curar sus terribles padecimientos?

— ¿Y qué hemos de hacerle? repuso el millonario, cuyo rostro se contrajo de des-pecho; preciso será que se conforme, ya

que es de todo punto imposible acudir á su de-manda. Creo bastante razonable á tu madre para comprender lo que pasa y no atribuir ex-traordinarias virtudes á un fruto que, aun ha-biéndolo comido, no le hubiera producido el efecto que deseaba.

— Pero en caso de tenerlo, suponiendo que no debiera recobrar por él la salud, habría servido para satisfacer el último deseo de una moribunda; porque os lo aseguro, señor, sin un milagro, mi madre está perdida.

— Tranquilízate y espera; nada hay tan aventurado como los juicios de las criaturas: además, si Dios quiere curar á tu madre por un milagro, éste se realizará sin intervención del fruto que venías á solicitar.

— Creo que tenéis razón; dijo con pro-fundo desaliento el pobre muchacho; sois más sabio que yo, y podeis y debeis comprender mejor que yo las cosas de la vida. Mi única ciencia consiste en obedecer: “*Ve á ver al caballero Rodolfo*” me encargó mi madre, y he venido.

— Si deseas algo más, pide sin temor.



— Gracias, señor; aunque somos pobres, mi enferma no carece de lo necesario. Gracias otra vez por vuestras generosas ofertas.

— Si no las aceptas, no tienes que agradecerlas.

— Siempre quedará indeleble en mi corazón, el recuerdo de tantas bondades..... ¿Qué culpa tenéis de que el árbol no lleve fruto? Esto me entristece mucho, por que sin duda significa que no hay en la tierra medicina para la enfermedad de mi madre. Ahora permitid que vuelva á su lado.

— Vete en paz y Dios quiera consolarte.

Marchóse el joven, y Rodolfo entró pensativo en su palacio. En vano recorrió las galerías cubiertas de mármoles y jaspes, se detuvo delante de las ventanas desde donde se descubrian las más deliciosas perspectivas, y recibió las visitas de numerosos amigos; nada podía distraer sus ideas de la petición que acababan de hacerle. ¡Por primera vez había negado algo de lo que poseía agravando esta negativa con una mentira odiosa! Antes de la hora de sentarse á la mesa llegó á encontrarse tan

mal, que se hubo de retirar á sus habitaciones, encargando á los criados que atendieran regiamente á los numerosos huéspedes. Necesitaba respirar libremente en la soledad, y le molestaba el ruido y alegría que se esparcía en torno de él.

— ¿Qué es lo que siento? dijo para sí, cuando ninguna mirada extraña podía sorprender su trastorno y angustia: ¿será remordimiento de conciencia el malestar que me agobia? ¡Qué locura! ¿He tenido cuenta jamás con los beneficios que he dispensado? ¿La parte de fortuna que dedico á los pobres, no es tres veces mayor que la mía? ¿He dado nunca penas á mi prójimo?... No, no, no es posible; no puedo tener remordimientos... Si reparto cuanto poseo, ¿no ha de serme permitida una satisfacción tan pequeña como la de el fruto que he rehusado?

Pero aunque se lo repitiera en todos los tonos, Rodolfo distaba mucho de hallarse tranquilo, y aun no había logrado desechar sus penosas impresiones, cuando supo al siguiente día que durante la noche había muerto la pobre enferma.



Entonces experimentó extraños accesos de mal humor; negóse á ver gente y permaneció largas horas encerrado en su gabinete, corridas las cortinas para que no penetrara la luz, y llorando con amargura.

Algún tiempo después, el castellano se paseaba por sus magníficos jardines, rodeado de numerosos amigos; dirigianse todos á visitar el árbol de la India, cuya fruta madura ya exhalaba penetrantes aromas. Abrían los jardineros la verja que encerraba aquel tesoro, y Rodolfo se volvía para responder á la pregunta que acababa de dirigirle uno de sus compañeros, cuando exhaló profundo suspiro y cayó como herido de un rayo.

Júzguese del espanto, la angustia y el dolor de los circunstantes; todos gritaban y ninguno se entendía... Cien brazos se ofrecieron para trasladar al caballero á su palacio; los criados se esparcían en busca de socorros... Veinte médicos llegaron con rapidez tanto más asombrosa cuanto que todavía no se habían inventado el telégrafo ni los caminos de hierro.

Examinaron detenidamente al castellano;

tuvieron después larga consulta y ¡cosa maravillosa! todos fueron de la misma opinión. Nada había que hacer... Rodolfo estaba muerto... Venturoso hasta el postrer instante de su vida, el caballero había concluído sin sufrimientos, sin agonía, sin los postreros y terribles combates en que siempre el mortal sale vencido.

Las muertes repentinas son aterradoras para todos y llenas de amargo desconsuelo para cuantos aman al desgraciado que no tiene tiempo de encomendar su alma á la misericordia de *Aquel* que la redimió con su sangre. Pero la existencia de Rodolfo, consagrada siempre á la caridad y á la práctica de las cristianas virtudes, no inspiró el más leve recelo sobre su destino, ni aun en las conciencias timoratas... Juzgadas sus acciones por el humano criterio, todas parecían meritorias, y el cielo debía haberse abierto para él.

Hallábase, en efecto, abierta de par en par la puerta del paraíso cuando llegó el caballero Rodolfo; pero San Pedro, de pie en el umbral,



impedía el paso y hablaba tranquilamente con una mujer, cuyas facciones no podían verse porque tenía envuelta la cabeza en un velo negro muy espeso; volvióse bruscamente el santo Apóstol al recién llegado, y le examinó detenidamente:

— ¿Quién eres? preguntó en fin con severo acento.

— El caballero Rodolfo, apellidado en el mundo el *bienhechor de la humanidad*; por quien he sido amado y bendecido; ¿puedo entrar?

— Espera un momento; me parece que no está muy en regla tu pasaporte y necesito revisar ciertos incidentes... ¡Hum! hum! ¿conque tan bienhechor has sido?

— Cuanto es posible serlo; jamás se ha dirigido á mí un pobre suplicándome en vano... he alimentado, abrigado y vestido á cuantos tenían necesidad de socorros.

— ¿Los has *alimentado, abrigado y vestido*? ¡Bonito negocio! Poseías bastante dinero para hacer el bien sin imponerte la menor de las privaciones. Cuando se paga el lujo,

se goza de lo supérfluo y se esparce el esplendor por todas partes, ¿en qué ha de invertirse lo que sobra? No hay estómago que resista comer ocho veces al día, ni se puede dormir más que en una cama, aunque ésta tenga diez colchones. Si no hubieras sido generoso en las condiciones en que te hallabas, habrías sido un imbécil ó un monstruo de avaricia... Por tanto, no te alabes de haber repartido unos tesoros á que no dabas importancia ninguna y que de nada podían servirte. Bien sabías que las criaturas no son eternas y que nadie se lleva consigo el dinero que posee, por mucho que le ame.

— Creía... me habían dicho... balbució Rodolfo muy desanimado.

— Pues bien, te equivocabas, como se equivocan tantos otros.

— ¡Pero si todo lo he dado de buena voluntad!

— ¡Ya lo creo! es muy agradable dar, aunque sólo se tenga en cuenta, las alabanzas y lisonjas que se reciben á cambio de los beneficios.



— Entonces, decidme por favor ¿ cómo es preciso portarse en la tierra para ganar el Paraíso?

— Hace falta dar, no aquello que no se estima, sino lo que se prefiere á todo.

— ¡Pero si no he tenido apego á nada de lo que poseía!

— Razón de más para que sea bien poco el mérito de haberlo dado; ¡sin embargo, Dios había puesto una preferencia en tu corazón y no has tenido valor para sacrificarla!

Y á la vez que hablaba San Pedro, hizo una señal; la mujer que permanecía silenciosa volvió la cara hacia el castellano y levantó pausadamente su velo.

— ¡Ah! exclamó Rodolfo desolado: la reconozco; su hijo vino á pedirme una fruta para ella.

— Es cierto; Dios quería probarte en el crisol del sacrificio; y más que de la salud de la enferma, se trataba de la salvación de tu alma; fuiste sordo á las súplicas del afligido mozo y rehusaste, agravando tu negativa con faltar á la verdad.

— ¡ Señor, si era tan poca cosa!...

— ¿Poca cosa? Pues bien, más fácil te hubiera sido concederla. ¿No sabes que entre los hombres el valor de un objeto varía, según las circunstancias, la situación y las exigencias sociales? Has dado espléndidamente las riquezas que no estimabas; pero no has tenido fuerza para privarte, en favor de una moribunda, de un fruto exótico y el único este año... Vaya ¡vete de aquí...! ¡no eres digno de entrar en el Paraíso!

Y el caballero Rodolfo se marchó triste y abatido. ¿Dónde? La leyenda no lo dice; pero como si no era un santo, tampoco era un malvado, debemos creer piadosamente que su prueba tendría fin.

